

El Viajero



Pablo Lorente de No

Vocal de Comunicación y Publicidad de la Junta Directiva del CN Altea

Hacía 28 horas que habíamos salido de Altea y nos faltaban otras 20 para llegar a Aguadulce. Antes de la puesta del sol nos encontrábamos entre Cabo de Palos y Cabo de Gata, a unas 20 millas de la costa más cercana cuando vimos un pajarillo volando alrededor del barco.

Hizo varios vuelos de reconocimiento antes de posarse sobre la cubierta de La Susi y comenzó un meticuloso examen del barco por fuera y por dentro. Pensamos sin duda que

se había alejado demasiado de tierra y no le daba tiempo a volver antes de que anocheciera. Nos había encontrado en medio del mar y éramos su tabla de náufrago.

Prosiguió con la inspección del barco y realizó varios vuelos en los que parecía que se alejaba y ganaba altura para cerciorarse de que navegábamos a buen rumbo. Habíamos estimado que llegaríamos al Cabo de Gata al amanecer y al parecer coincidió con la estimación, porque volvió a bordo y comenzó a tomarse confianzas.

Recorrió La Susi de proa a popa y confraternizó con Oscar y conmigo hasta el punto de arrimarse al que dormía mientras el otro estaba de guardia.

Se puede suponer que buscaba calefacción gratis, pero podía haber elegido otros sitios. Como la litera de al lado del motor o, si le parecía muy ruidoso, la litera sobre el motor de la nevera que también ofrecía calor. Pero creo que además buscaba compañía.

La segunda noche a bordo suele ser la más cansada. Se acusa mucho el sueño y es difícil no dar alguna cabezada durante la guardia. Hay un par de técnicas útiles aunque no dejan de ser un engaño momentáneo al sueño. Una es subirse a la escalera del portillo mirando a proa y dormirse sobre los brazos cruzados. Hay una fase en la que casi sueñas, incluso con cierto control, puesto que te despiertas en cuanto se te doblan las rodillas, y como las sensaciones



están todavía nítidas en el breve lapso de memoria que nos permiten los sueños se puede volver al mismo escenario en sucesivas cabezadas.

Con idénticos resultados se puede uno sentar en la bañera y echar un sueñecito agarrado a la escota de la mayor. En algún momento nos dará un tirón más brusco o se nos aflojarán las manos. Hay que tener muy claro dónde está el límite y antes de dormirse involuntariamente pedir el relevo.

Lo cierto es que el pajarillo me hizo la guardia mucho más llevadera. Revoloteaba por la cabina cuando bajaba a mirar la carta y se acurrucaba en mi regazo mientras me sentaba a tomar algo. Me pareció increíble la inteligencia de un animal tan pequeño que sabía que no corría ningún peligro a bordo de La Susi.

Lo de sentarse abajo a tomar algo es peligroso. Hay que ser consciente de que ahí no puedes quedarte dormido. ¡Nada de cabezaditas! A los 10 minutos lo prudente es levantarse y salir a cubierta o, como mínimo, sacar medio cuerpo por el portillo y escudriñar 360 grados de horizonte.

Al cabo de un rato de tanto ajeteo el pajarillo se cansó de mi regazo y debió irse a dormir con Oscar al camarote porque no volví a verlo hasta que ya había amanecido y teníamos el cabo a la vista, a unas nueve o diez millas.

Lo vi desde el portillo revoloteando con soltura por la cabina. Voló con precisión milimétrica desde la mesa de cartas hasta mi mano, me miró con absoluto desparpajo y picoteó suavemente mis nudillos. Me imaginé que eran besos. Subió

por el brazo hasta el hombro y luego revoloteó por cubierta, posándose aquí y allá bebiendo las gotas del relente. Se atusó las plumas, tomó impulso y se fue volando... ¡Por babor!

¡No iba hacia la costa, iba a África!

Nos habíamos equivocado, no era un náufrago, era un viajero. Le quedaban más de 100 millas por delante sobre el mar. Simplemente le veníamos de camino. Le llevamos unas 40 millas rumbo suroeste mientras reponía fuerzas para proseguir su ruta.

Pensando en el pajarillo recordé algo fundamental que de algún modo siempre he sabido: que lo más importante para realizar cualquier tipo de viaje son los compañeros que elegimos. Debe ser lo poco que me queda de instinto.

Escribí este breve relato para que no se me olvidase una experiencia tan bonita y lo ilustré con las fotos que había hecho durante la travesía. Cuando lo releí unas semanas después me pareció incompleto y un poco vago. Me preocupaba sobre todo no saber qué especie de pájaro llevamos a bordo y que había denominado alegremente "pajarillo".

Le envié unas fotos a Ignacio Yúfera (www.iyufera.com), amigo del alma y experto en aves, pensando en corregir algunos párrafos, poner el nombre del pajarillo y camuflar mi ignorancia. Pero me parece más interesante copiar su respuesta.

"Qué alucine, Lorente:

El polizón que tuvisteis es una Buscarla pintoja (*Locustella naevia*), un pájaro bastante raro en España (apenas dos centenares de parejas) que anida exclusivamente en la franja húmeda cantábrica.

Imagina el viaje que llevaba encima, y lo que le faltaba hasta llegar a Africa subsahariana. Yo nunca he visto uno, así que me ganas en una especie. Voy a poner las fotos (con tu copyright) en mi web.

Un abrazo y hasta la vuelta,

Nacho."

